

El enorme influjo, benéfico o maléfico de la televisión y la radio

La televisión y la radio en Costa Rica atrajeron mi atención desde que regresé al país. Traje un buen televisor inglés que funcionó muy bien, pues los números asignados a los diversos canales nacionales coincidían con los de los canales más importantes utilizados en Nueva York. Sólo había que lamentar el inconveniente, que aún subsiste de que cada uno de los canales que entonces existían, el 7 y el 4 y otros subsidiarios, no siempre se sintonizaban bien, porque la transmisión se hacía de torres situadas en puntos opuestos. Esa dificultad existió también en Nueva York y al principio se utilizaban antenas direccionales, lo que no dejaba de ser un engorro. Luego las diversas empresas se pusieron de acuerdo y desde entonces las transmisiones de los programas de los diferentes canales se hacen desde una sola torre, situada en la cumbre del Empire State Building, Quinta Avenida entre calles 34 y 33.

Me tocó en suerte ver desarrollarse ambas industrias, la de la radio y la de la televisión. Los radiorreceptores eran al principio muy deficientes y el primer aparato que tuve empleaba un cristal de galena. Era necesario para poder escuchar una estación hacer contacto con el cristal mismo, manipulando en tanteos sucesivos, hasta captar el programa, un dispositivo que consistía en un tornillo, de montaje flexible, en el extremo del cual había un alambrito en espiral, llamado "cat whiskers". El receptor funcionaba a base de los impulsos eléctricos de la torre de producción, y las señales eran tan tenues, que para poder oír había que ponerse unos audífonos de cabeza, uno para cada oído. Yo me pasaba en mi cuarto largas horas, con los audífonos puestos, tanto para escuchar las transmisiones como para educar el oído a los sonidos del inglés norteamericano. Me era más fácil oír el inglés cuando quien hablaba era un británico, de tal modo que cuando fui a Carnegie Hall a escuchar una conferencia dictada por Sir Arthur Conan Doyle no perdí una palabra de su discurso, mientras que algunos norteamericanos tenían que reforzar el pabellón de la oreja aplicando la mano al oído.

En cosa de pocos meses se popularizaron aparatos de hasta cinco válvulas electrónicas o tubos, que naturalmente eran poco selectivos. El precio de esos aparatos era alto, pero la gente no vacilaba en pagarlo y había siempre el recurso de comprar el aparato en abonos. Estos nuevos receptores tenían que funcionar con corriente eléctrica, proporcionada por pilas secas, pila A. y la B porque no podía utilizarse la corriente del servicio público. Pronto se ofrecieron complicados aparatos rectificadores, a base de líquidos, que permitían utilizar la corriente del alumbrado casero; pero esos aparatos se descomponían con frecuencia. Finalmente se perfeccionaron los transformadores inermos que proporcionaban la corriente del voltaje y amperaje adecuados. Por ese tiempo comenzaron a fabricarse los receptores super heterodinos. Si no estoy equivocado, el primer receptor de este tipo accesible al público fue el Atwater-Kent, muy caro, el "D'Andrea y otros. Las válvulas eran caras y a menudo se quemaban. Pero el progreso de la técnica hizo que fueran cada vez más durables y eficientes. Finalmente comenzaron a aparecer los transistores, que reemplazaban a las válvulas termiónicas, pero no totalmente, porque los cristales de los transistores no tenían la precisión de los actuales. La radio atrajo a un número considerable de cantantes, estilizados los



Cristián Rodríguez

más de ellos, al punto de identificarse por su estilo. Tal fue el caso del malogrado Ben Bernie. Otros artistas, como Kate Smith, de descomunales pulmones, creo que continúa activa.

La televisión comenzó a darse a conocer con ocasión de la Feria Mundial, de Nueva York, del año 1939. Los visitantes de la Feria podían aparecer en la pantalla del televisor, en circuito cerrado. En cosa de semanas la televisión alcanzó un desarrollo increíble. La industria televisora, que no había creado sus propios artistas, tuvo que reclutar a los del vodevil y del cine, y así comenzaron los programas que costaban más de un millón, llamados entonces "Spectaculars". Por la pantalla de los televisores desfilaron también los grandes directores con sus excelentes orquestas: los hermanos D'Orsey, maestros de ceremonias, como Steve Allen y Arthur Godfrey. Por entonces se inventó el artificio de proyectar en un telón escenas de movimiento, como playas, pistas de carreras de caballos, escenas bajo el agua, etc., etc. Visitas a las grandes mansiones de los acaudalados, hombres públicos, artistas, etc., etc.

Concomitantemente con el avance de los programas vino el notable mejoramiento de la técnica publicitaria: se abandonaron los métodos rutinarios de anuncio, y los anuncios comerciales se convirtieron en verdaderos certámenes de ingenio, tratando mediante un toque artístico, el buen gusto y la agudeza, de cautivar la atención del público. La industria publicitaria, sostenida principalmente por los fabricantes de cigarrillos, cerveza, sopas, etc., y, sobre todo, por los fabricantes de productos cosméticos, recibió un golpe casi mortal, cuando se descubrió que los programas en que los participantes tenían que contestar preguntas que venían en sobre cerrados y lacrados, realizaban una farsa, pues muchos de los que ganaron cuantiosos premios no hacían más que contestar una lección aprendida. Eso perjudicó a los certámenes realizados con toda honradéz, pagando justos por pecadores.

El poder de la pantalla televisora para obtener ventas fabulosas era increíble y la técnica del arte publicitario sufrió una transformación saludable. Los anuncios estereotipados lograban pocas ventas. En cambio el locutor que habla del producto que anunciaba, no con la rigidez del que memorizaba un disco, con la ayuda, naturalmente, de su personalidad, obtenía honorarios sin precedentes, por la enorme cifra de ventas que se obtenían. Alguien ideó ponerle voces características a dos muñecos, que dialogaban haciendo derroche de ingenio y la Cerveza Piel's, que era casi totalmente desconocida, (Piel's)

batió el récord de las ventas en su género. En realidad el anuncio de la Cerveza Piel's era todo un programa que el público aguardaba con curiosidad, pues el argumento del diálogo era siempre nuevo y los muñecos llegaron a tener más personalidad que la de los artistas que los animaban.

Como en los programas de televisión participaban numerosos artistas, narradores, periodistas y locutores, que el público aprendió pronto a identificar por su fisonomía y su voz, se reveló más patentemente la falta de uniformidad aun en las palabras más corrientes y algunos nombres propios de personalidades mundiales. Un maestro de ceremonias, por ejemplo, anunció que el pianista X ejecutaría una gavota de Ravel, y al pronunciar el nombre lo hizo rimar con raven, pronunciándolo "Réivel". Hasta los menos familiarizados con los nombres de los compositores soltaron la carcajada. Para evitar anomalías en la pronunciación los canales de televisión y las estaciones de radio ordenaron la compilación de un glosario de palabras de pronunciación dudosa, a la que se sujetarían voluntariamente los locutores. Al mismo tiempo se revivieron ciertas formas verbales del inglés que no se usaban por temor a equivocarse y que tendían a desaparecer, menoscabando los enormes recursos de expresión de la lengua inglesa. Los norteamericanos se sintieron orgullosos de la modalidad estadounidense de la lengua y no trataron de imitar, a los británicos, cuya entonación y variedad moduladora de los sonidos es muy agradable, en los ingleses, pero insoportable cuando se imita mal. Douglas Fairbanks, dijo, tiene una pronunciación anglicada de la que nadie puede quejarse, porque es agradable. Peter Ustinof, inglés, habla lo mismo con el acento de Oxford, tan cerrado, que cuesta entenderlo, lo mismo que en el pintoresco lenguaje de los vaqueros del Far West. Nigel Bruce, que interpretaba el papel del Dr. Watson, con Sherlock Holmes, aunque norteamericano, era más inglés que el ruso George Sanders, y así por el estilo.